

U.T. XIV. 1992-1993. Págs. 189-202.

LA METÁFORA DESDE LA PERSPECTIVA DE LA PRAGMÁTICA¹

José Antonio Moreno Villanueva

Joel Fernández i García

Universitat Rovira i Virgili

La metáfora supone una alteración de los principios sistematizados y codificados de la lengua. Seguramente, cualquiera de nosotros podría suscribir, sin demasiadas objeciones, la afirmación anterior. En consecuencia, puede resultar interesante acercarse a ella desde una teoría que incluya, justifique y explique, entre sus presuposiciones y argumentos, la significación e intención de tales alteraciones. La teoría pragmática, que se centra en el uso que los hablantes hacen de la lengua, nos brinda la posibilidad de observar este fenómeno tropológico desde una perspectiva suficientemente amplia.

Dentro del extenso campo de la pragmática, hemos restringido nuestro ámbito de trabajo a la teoría de las implicaturas que presentó Paul Grice en una serie de conferencias pronunciadas en 1967 en la Universidad de Harvard² y en

¹. El presente artículo fue presentado como comunicación en el XXIII Simposio de la Sociedad Española de Lingüística, celebrado en Lleida del 13 al 16 de diciembre de 1993.

². El contenido completo de estas conferencias de Paul Grice no ha sido publicado de forma unitaria. Nosotros hemos accedido a su teoría de los principios conversacionales a través de varios artículos suyos y de la formulación de la misma que presenta Stephen Levinson (*Pragmática*. Teide, Barcelona, 1989.)

la revisión de la misma que proponen, casi veinte años más tarde, Deirdre Wilson y Dan Sperber³.

Ha llovido mucho desde que Aristóteles, en su *Poética*, iniciara el caudaloso camino de las teorías de la metáfora. Desde entonces, esta figura ha sido tratada desde muy diferentes disciplinas del saber humano, aunque no es hasta el presente siglo cuando los estudios puramente retóricos⁴ dejan paso a otros análisis, formulados desde perspectivas distintas. En los últimos cien años, psicólogos, filósofos y lingüistas, entre otros, han sucumbido a la tentación de adentrarse en los misteriosos dominios del fenómeno metafórico. A pesar de la ingente bibliografía que remueve los barrotes de tan movedizas tierras, no ha aparecido hasta la actualidad una teoría que proporcione una explicación totalizadora de este veterano tropo.

Resulta difícil sintetizar en unas pocas líneas el amplio abanico de teorías que, desde tan diversos campos de estudio, abordan el fenómeno de la metáfora. La limitada extensión del presente trabajo nos obliga a reducir el vasto panorama de las mismas, esbozando las líneas de investigación más comúnmente seguidas.

La *teoría de la comparación* es la que recoge más directamente el legado de las teorías clásicas⁵. Esta hipótesis defiende que toda metáfora es

³. WILSON, Deirdre/ SPERBER, Dan (1986): *Relevance. Communication and cognition*. Ed. Max Blackwell, Cambridge.

⁴. Es evidente que no podemos citar aquí -sin apartarnos excesivamente de nuestro objetivo principal- los cientos de tratados de retórica, que durante toda la Edad Media y hasta finales del s.XIX han sido el "hábitat natural" de la figura que estamos estudiando. Como síntesis -necesariamente insuficiente por la amplitud de las fuentes- podemos decir que la mayor parte de estudios de retórica ofrecen sobrias definiciones del concepto de metáfora, -basadas en la explicación de Quintiliano- acompañadas de extensas clasificaciones que, generalmente, atienden a criterios formales.

⁵. La definición de metáfora ofrecida por Quintiliano en sus *Institutiones oratorias* es la siguiente: «*in totum autem metaphora brevior est similitudo*» ("toda metáfora es una similitud abreviada"). En muchas ocasiones, se ha postulado que el autor latino sigue, en este aspecto, la línea iniciada por Aristóteles en su *Poética*; en ella podemos leer: «*la metáfora es la transferencia*

reducible, de algún modo, a una proposición que contenga la partícula "como", originándose un símil o comparación. Se ha criticado a los teóricos de la comparación la arbitrariedad de las analogías, así como la extrema complejidad que necesitan para explicar las metáforas no atributivas.

Por su parte, la llamada *teoría de la interacción* intenta explicar la metáfora basándose en supuestos semánticos. Los partidarios de esta hipótesis explican la metáfora como una interacción, más o menos subjetiva, de los conjuntos sémicos de los términos que intervienen en la misma. La principal dificultad con que se enfrenta esta teoría reside en la limitación de la descomposición en semas del significado de una palabra. Cuando la porción de significado que interviene en una metáfora no se registra en el conjunto de rasgos sémicos de los términos que intervienen en ella (generalmente, esta porción del significado es la que se encuentra directamente relacionada con el uso pragmático de un término), la teoría de la interacción no puede establecer el nexo de unión entre dichos términos y, en consecuencia, no puede explicar la metáfora⁶.

La limitación metodológica de los anteriores enfoques no permite que éstos respondan satisfactoriamente a algunos interrogantes, tan importantes, a nuestro entender, como la explicación del funcionamiento mismo de la metáfora: ¿Por qué usamos las metáforas en nuestra comunicación diaria?, ¿cómo decodifican los interlocutores los mensajes que son transmitidos mediante las metáforas?, ¿dónde reside la fuerza expresiva que caracteriza este fenómeno tropológico?

a una cosa del nombre de otra, transferencia del género a la especie o de la especie al género, o de una especie a otra, por vía de la analogía (Arte Poética, XXI, 7)». Es evidente la distancia que separa las definiciones de los dos retóricos clásicos mencionados, aunque no es el lugar ni el momento de juzgar las desviaciones de Quintiliano con respecto al maestro griego ni su influencia en la posterior historia de la retórica.

⁶. Pueden encontrarse amplias formulaciones de esta teoría en LYONS, J. (1973): *Introducción a la lingüística teórica*. Ed. Teide, Barcelona; y (1980): *Semántica*. Ed. Teide, Barcelona; así como en LE GUERN, Michel (1990): *La metáfora y la metonimia*. Ed. Cátedra, Madrid.

Asomarnos a la metáfora desde el mirador de la pragmática implica estudiarla en relación con el uso que se hace de ella y esta circunstancia nos permite responder, en parte, a alguna de las cuestiones anteriores. Paul Grice parte de la idea que la conversación está dirigida por «un conjunto de asunciones envolventes» comunes a todos los hablantes, que se extraen -y son palabras del pragmatista americano- «a partir de consideraciones racionales básicas y pueden formularse como líneas directrices para el uso eficiente y efectivo del lenguaje en la conversación con fines cooperativos más amplios»⁷. Grice concreta este conjunto de asunciones que guían nuestros intercambios comunicativos en cuatro máximas conversacionales, que podemos definir, de manera sintética, como sigue:

Máxima de Calidad: «No diga lo que cree falso»

Máxima de Cantidad: «Sea breve»

Máxima de Pertinencia: «Sea pertinente»

Máxima de Manera: «Evite la ambigüedad, sea claro»

Estas máximas derivan de un Principio de Cooperación más general, que está en la base de la eficacia de la comunicación, y que puede definirse como la presunción de que ambos hablantes contribuyen del modo más adecuado posible a la eficiencia del intercambio hablado en el que están comprometidos.

En el enfoque ofrecido por Grice, la desambiguación de los enunciados, así como la determinación de sus referentes, parte de una adecuada interpretación de las máximas conversacionales. En consecuencia, los tropos en general, y la metáfora en particular, pueden estudiarse a partir de esas mismas máximas. Grice propone que las figuras tropológicas pueden entenderse como violaciones intencionales de la máxima de Calidad, que indica: «No diga usted lo que crea falso». Según el filósofo americano, una metáfora representa, en todos los casos, una falsedad patente. Esta misma falsedad es la que indica al oyente que

⁷. GRICE, H. Paul (1979): "Logique et conversation", en *Communications*, n° 30, Seuil, París, pp. 57-72 (versión castellana en VALDÉS VILLANUEVA, José Ml. (1991), pp. 511-530). Cita en p.514.

el mensaje que el hablante quiere transmitir no puede estar contenido en el significado literal del enunciado emitido, puesto que éste es, en realidad, un disparate. Ante un enunciado falso, y ante el supuesto -siempre asumido- que el hablante está observando el Principio de Cooperación, el oyente se ve necesariamente obligado a buscar, entre las implicaturas que se derivan de dicho enunciado⁸, un argumento distinto que se base en el enunciado explícito y, al mismo tiempo, respete las máximas conversacionales, es decir, no presente esa misma falta de veracidad.

Frente al mensaje «*Eres un bombón*», el oyente advierte la falsedad del enunciado, puesto que es consciente de que no es ningún bombón. Con el fin de mantener la asunción de que el hablante está observando el Principio de Cooperación, el receptor infiere que le está siendo atribuida alguna de las cualidades características de un bombón, por ejemplo, su exquisitez.

Sin embargo, un análisis exhaustivo muestra que no todas las metáforas conllevan la ruptura intencional de la máxima de Calidad, tal como han puesto de manifiesto Wilson y Sperber. Estos autores revisan la teoría de Grice y proponen una reestructuración de las máximas que pasa por convertir la máxima de Pertinencia en una "supermáxima" que se sitúa por encima de las tres restantes. Esta propuesta se basa en la constatación que todas las violaciones de las máximas conllevan necesariamente una falta de pertinencia.

Como puede comprobarse en el ejemplo siguiente, la expresión «Échame el cebo y verás cómo pico» no viola la máxima de Calidad y, aún así, el oyente omite el significado literal del enunciado e infiere, como en el caso anterior, un argumento que recoge el verdadero mensaje que el hablante quiere

⁸. Según Grice, la actitud del hablante hacia las máximas conversacionales determina el tipo de implicaturas que se infieren de los enunciados. Si el hablante *observa* o *respet*a las máximas, el oyente inferirá *implicaturas estándar*, que le ayudarán a completar el significado de los enunciados recibidos. Si, por el contrario, el hablante *burla* o *viola* flagrantemente las máximas, el oyente inferirá *implicaturas intencionales*, que sustituirán el significado literal del enunciado proferido.

Debemos aclarar que hemos seguido, en la terminología usada, las sugerencias de Stephen Levinson (*Pragmática*, Teide, Madrid, 1986), ya que la fragmentación de los textos de Grice ha provocado algunas lagunas en este aspecto. Por nuestra parte, hemos acuñado el término "*implicaturas intencionales*", en referencia a la evidente intención del hablante de concentrar el significado que quiere transmitir en la implicatura del enunciado que profiere.

transmitir. El proceso inferencial de la citada expresión sería aproximadamente el siguiente:

- 1) El oyente interpreta que el enunciado no es pertinente al contexto conversacional por lo que abandona el significado literal, que ya no es válido para el intercambio comunicativo
- 2) El oyente infiere un nuevo argumento -la implicatura intencional- estrechamente relacionado con el enunciado recibido y apoyándose en la presunción que el hablante está manteniendo el Principio de Cooperación a pesar de que esté violentando intencionalmente alguna de sus máximas.

Con todo, los planteamientos de los pragmatistas anteriores, aunque responden a la pregunta de cómo decodifican los interlocutores los mensajes que son transmitidos mediante las metáforas, sin embargo, abandonan casi por completo la justificación de la producción de las metáforas y la cuestión de la fuerza expresiva de las mismas.

El estudio de George Lakoff y Mark Johnson acerca de las metáforas de la vida cotidiana⁹ permite ahondar en los aspectos marginados por los anteriores autores. Las consideraciones de Lakoff y Johnson acerca del alcance del fenómeno estudiado reafirman nuestra convicción de que la metáfora representa, no sólo una apasionada forma de expresión, sino también un modo de aprehensión de la realidad que nos circunda, esto es, un camino de conocimiento. Estos autores llegan a afirmar que:

«La metáfora impregna la vida cotidiana, no solamente el lenguaje, sino también el pensamiento y la acción. Nuestro sistema conceptual ordinario, en términos del cual pensamos y actuamos, es fundamentalmente de naturaleza metafórica»¹⁰

⁹. LAKOFF, George y JOHNSON, Mark (1986): *Metáforas de la vida cotidiana*, Cátedra, Col. Teorema, Madrid.

¹⁰. Ídem, p.39.

Precisamente porque la metáfora forma parte del uso habitual del lenguaje y nuestro pensamiento se estructura analógicamente, la aparición de dicha figura pone en juego, no sólo el contenido semántico de los conceptos puestos en relación, sino nuestro conocimiento del mundo. Ahora bien, es evidente que una metáfora presenta una visión parcial del conjunto de realidades que intervienen en su formación; en este carácter radica gran parte de su fuerza expresiva. La metáfora nos permite destacar aquel aspecto de la realidad que nos interesa iluminar, especialmente cuando sabemos que la utilización de un discurso figurado en lugar de un discurso no figurado indica al receptor que debe centrar su atención en los aspectos de sobresignificación que conlleva el enunciado metafórico¹¹.

La sistematización y comprensión de los fenómenos de la realidad exterior se realiza a través de un tipo de pensamiento, que podríamos denominar *discursivo*, que ordena y explica el conjunto de realidades que forman nuestro concepto de *mundo*. La comprensión de nuestra experiencia interna, en cambio, se produce mediante un segundo tipo de pensamiento, al que llamaremos *intuitivo*, que vehicula y da forma abstracta a nuestras impresiones y sensaciones, conformando nuestro propio concepto de *yo*. Es precisamente en la expresión del pensamiento *intuitivo* donde la metáfora encuentra el terreno abonado para su manifestación, puesto que los límites de la lengua -un código elaborado y ordenado- no facilitan, en ocasiones, la comunicación de esa porción de realidad. La preponderancia del fenómeno metafórico como vehículo del pensamiento intuitivo y la propia relevancia de este último en el conjunto de nuestros datos epistémicos provocan que la metáfora amplíe

¹¹Debemos partir de la evidencia que el oyente es consciente de que el hablante podía haber expresado el mensaje transmitido mediante un enunciado no-figurado. El hecho que utilice un enunciado metafórico para comunicarse supone una indicación inequívoca que dirige la atención del oyente hacia las porciones de significado implicadas por el enunciado metafórico, que no podrían derivarse de una expresión no metafórica del mismo mensaje.

Un paso más adelante en esta línea argumentativa lo constituye la certeza de que el hablante es consciente de que el oyente sabe que su mensaje podría haber sido expresado mediante un enunciado no figurado. Este hecho le lleva a concentrar la parte central de su mensaje en los significados contenidos en las implicaciones derivadas del enunciado metafórico.

generosamente su campo de actuación y pase a formar parte de nuestra *gestalt* o cosmovisión.

«Harald Weinrich ha insistit en aquesta funció modelitzadora de visions del món que els sistemes de metàfores -el que ell denomina camps d'imatges- usuals dins una comunitat cultural comporta: "Així pot entendre's que la nostra imatge de món estiga determinada de manera decisiva pels nostres camps d'imatges (més que no pas pels camps de paraules!)»¹²

Si entendemos que la metáfora cumple una función determinante en la formación de nuestras propias *gestalts* experienciales, podemos afirmar que una parte importante de la fuerza expresiva de la metáfora se debe al cambio de perspectiva gnoseológica que supone el hecho de enfrentarnos a una realidad conocida desde un dominio conceptual distinto al que nos acercamos a ella habitualmente. Si la metáfora es un camino de conocimiento, el hecho de acercarnos a una realidad determinada por un camino insólito necesariamente nos descubrirá una visión original de esa realidad que creíamos conocer.

En este punto, nos parece oportuno traer a colación un aforismo de Joan Fuster, comentado por Vicent Salvador en el artículo anteriormente citado:

«Una rosa, sense la literatura que li ha caigut a sobre, només seria una col petita, insípida i de colors enganyadors»

Con estas palabras, Fuster ilumina nuevas realidades dentro de una realidad ya conocida, dado que, al tiempo que pone en juego la naturaleza vegetal de la rosa, característica que la literatura nos había hecho olvidar, reivindica el lirismo de la col, tristemente relegada por los literatos a los oscuros rincones de sus despensas. Es innegable que el descubrimiento de la cara oculta u ocultada de dos realidades tan próximas a nosotros deslumbra, por un instante, nuestro entendimiento (instante que concentra toda la fuerza de la

¹²SALVADOR, Vicent (1989): "La metáfora nostra de cada dia", en *Límits*, n°6, Empúries, Barcelona, p. 33. De la extrapolación de la capacidad de la metáfora como visión modelizadora de la realidad se deriva el que dicho tropo, más allá de posibilitar la adaptación del mundo a la subjetividad del hablante, pueda vehicular la creación de nuevos significados y realidades.

metáfora), y nos ayuda a ampliar los campos conceptuales que asociábamos a los dos elementos que intervienen en el señalado tropo.

La mayoría de los estudios lingüístico-semánticos coinciden en explicar la fuerza expresiva de la metáfora recurriendo al concepto de *distancia* entre los campos léxicos que intervienen en la estructura metafórica. Considerando el razonamiento anterior, nos atreveríamos a apuntar que las metáforas ponen en juego campos asociativos -que no léxicos-, cuya relación no puede ser reducida a los parámetros espaciales 'lejos-cerca'. Por este motivo, consideramos que para establecer oportunamente el origen de la fuerza expresiva de la metáfora el concepto de *distancia de contextos* debería ser sustituido por el de *extrañeza de contextos*, que parece más adecuado a la naturaleza de la estructuración metafórica.

El aforismo fusteriano nos permite constatar nuestras impresiones previas. Podemos afirmar que los campos léxicos de los términos 'col' y 'rosa' se encuentran relativamente próximos, puesto que ambos se incluyen bajo el género 'vegetal'; aún así, no podemos negar que la asociación de dichos conceptos nos resulta sumamente sorprendente. Esta circunstancia nos invita a pensar que la intensidad de la metáfora está determinada, no tanto por la distancia de los campos léxicos, como por el grado de extrañeza producido por la inclusión de un elemento dado en un contexto más adecuado a otra realidad.

Esta peculiaridad del fenómeno metafórico puede ser descrita de manera adecuada acudiendo a los conceptos pragmáticos de *contexto real* y *contexto posible*, propuestos por Teun Van Dijk¹³. El lingüista holandés plantea que ante un *contexto real* -definido como «*el período de tiempo y el lugar en que se realizan las tareas comunes del hablante y del oyente, y que satisface las propiedades de "aquí" y "ahora" lógica, física y cognoscitivamente*»¹⁴- se nos

¹³. VAN DIJK, Teun (1984): *Texto y contexto (Semántica y pragmática del discurso)*, Cátedra, Col. Lingüística, Madrid.

¹⁴. Ídem, p.274. En el planteamiento de Wilson y Sperber, así como en el de otros defensores del contexto psicológico, este concepto -el de contexto- se entiende sin limitaciones de tiempos y espacios; no es la situación, el entorno o el discurso previo lo que está al alcance de los

ofrece un conjunto infinito de *contextos posibles*, de los cuales, tan sólo uno podrá pasar a la categoría de *contexto real* en la situación contextual inmediatamente posterior. Ahora bien, ocurre que, ante un contexto categorizado como real, el oyente prevee una extensa serie de *contextos posibles "normales"*, que satisfacen los postulados básicos del acto comunicativo; las restantes posibilidades, que violan esos mismos principios, deben entenderse como *contextos posibles "imaginables"*. La incorporación de un *contexto imaginable* en el lugar donde el oyente espera encontrar un *contexto normal* comporta la concentración de una importante fuerza expresiva en esa situación contextual, la misma que caracteriza a la metáfora.

Con todo, resulta evidente que no todas las metáforas poseen un mismo grado de intensidad expresiva. Precisamente esta circunstancia es la que nos conduce a plantear la existencia de dos niveles de metaforización, directamente relacionados con su uso social. De este modo, hablaríamos de dos tipos esenciales de metáfora: las *metáforas conceptualizadas* y las *metáforas imaginativas*.

Aquellas que se incluyen en el primero de los tipos apuntados, son, precisamente, las que dan cuerpo a las relaciones analógicas que estructuran nuestro conocimiento de la realidad. Esta última circunstancia determina, de manera decisiva, su particular carácter. Dado que nuestro conocimiento de la realidad circundante se apoya, sistemáticamente, sobre este tipo de metáforas, éstas se presentan en nuestra mente como *conceptos*. Esta condición conlleva el que la naturaleza tropológica de este tipo de metáfora no sea reconocida habitualmente por los interlocutores, que, sin embargo, la utilizan en su comunicación diaria. El proceso de lexicalización sufrido por este tipo de metáforas no sólo anula la fuerza expresiva característica de este tropo, sino que evita su falta de pertinencia y el consecuente proceso inferencial que ésta conlleva.

Son paradigmas de este tipo de metáforas: *las teorías son edificios* ("Haremos ver que esa teoría no tiene *fundamento* alguno") *las ideas son*

interlocutores, sino su propio conocimiento de esos elementos (véase ESPINAL, M^a Teresa (1988): *Significat i interpretació*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, p. 137)

personas ("esas ideas murieron en la Edad Media"); *el amor es locura* ("Anda loco por ella"); *la vida es un recipiente* ("Vive la vida en su plenitud")¹⁵...

Dentro del segundo tipo propuesto, se incluyen todas aquellas metáforas que son producto de la imaginación de un hablante en particular. Sin embargo, es preciso realizar una distinción dentro de este segundo nivel de metafóricación. Compruébese por ejemplo, la diferencia entre «*Eres un bombón*» y «*Quisiera que fueras unas castañas*»: la primera metáfora no produce la sorpresa que la descontextualización propia de una metáfora debería producir; la segunda, en cambio, nos deja perplejos por la identificación inesperada de dos realidades pertenecientes a campos conceptuales muy distintos. A pesar de que ambas metáforas son fruto de la imaginación creadora de un individuo particular, sin embargo, el distinto desgaste sufrido por cada una de ellas explica la disparidad anterior. En el primer caso, el uso reiterado de la misma identificación metafórica provoca que ésta deje de ser un *contexto imaginable* para convertirse en un *contexto posible*, perdiendo, de este modo, una parte importante de su fuerza expresiva. La metáfora y su contexto metafórico más próximo se desgastan, y ésta se convierte en una *metáfora imaginativa tópica*¹⁶.

En el segundo caso, la originalidad de la asociación metafórica permite que ésta conserve toda la fuerza expresiva que caracteriza a este tropo. Podemos hablar entonces de *metáfora imaginativa original*.

Con el fin de ilustrar nuestra anterior exposición, hemos creído oportuno mostrar, mediante el análisis de un ejemplo, concretamente un piropro, la aportación de la pragmática al estudio de la metáfora. La elección de tan singular expresión responde a la necesidad de delimitar, en la medida de

¹⁵Ejemplos extraídos de Lakoff y Johnson (1986:85-91). La obra de estos autores constituye el estudio más serio, riguroso y representativo de las *metáforas de la vida cotidiana* o *metáforas conceptuales*.

¹⁶ Por contexto metafórico entendemos aquellas identificaciones metafóricas que pueden reducirse a otra equiparación inicial y paradigmática. Así, por ejemplo, la metáfora «*Eres un bombón*» pertenecería al contexto *la mujer es un dulce*, en el que también se incluirían otros ejemplos como «*Eres una perita en dulce*», «*Eres un caramelito*», etc.

lo posible, la amplitud del fenómeno estudiado. Mediante el piropo, podemos acotar la metáfora en el marco de un acto comunicativo mínimamente estable y estandarizado. Por otra parte, el piropo constituye un ejemplo idóneo para observar cómo el hablante vehicula sus intenciones a través de una metáfora, ya que su naturaleza concisa y necesariamente expresiva lo convierten en un perfecto caldo de cultivo para los experimentos metafóricos.

El ejemplo que utilizaremos para nuestra explicación es el siguiente:

«Con una gatita así, yo sí que haría marramiau»

Si partimos del supuesto que este enunciado es proferido por un hablante, que se dirige a un oyente con el que se quiere comunicar, hemos de reconocer que la forma escogida para establecer dicha comunicación es bastante singular. En su intento de conectar con el oyente, este hablante está afirmando que su interlocutor es un ejemplar joven y hembra de la especie «*Felis catus*», que podemos definir como: mamífero doméstico, de cabeza redonda, lengua muy áspera, patas cortas, con cinco dedos en las extremidades anteriores y cuatro en las posteriores, armado de uñas fuertes, agudas y retráctiles. Si no suponemos que nuestro hablante tiene las facultades mentales fuertemente perturbadas, debemos concluir que está usando una metáfora.

Según lo expuesto anteriormente, el proceso de codificación y decodificación de esta metáfora puede explicarse como sigue:

- 1) Nuestro hablante emite un enunciado evidentemente falso, puesto que él es consciente de que su interlocutor no es una gatita.
- 2) La competencia pragmática del oyente le permite asumir que el hablante intenta comunicarse (Principio de Cooperación), a pesar de que es consciente que éste está faltando intencionalmente a la verdad.
- 3) La intencionalidad de la falta de verdad indica al oyente que debe buscar la significación del mensaje que el hablante quiere transmitirle en las implicaturas intencionales que se derivan del enunciado proferido.

Estamos ante un caso evidente de violación de la máxima de Calidad, que indica: «*No diga lo que cree falso*». Según hemos visto, las violaciones de las máximas obligan al oyente a ignorar el contenido literal del enunciado recibido y, en consecuencia, a buscar, entre las implicaturas que de éste se infieren, el significado que el hablante quiere transmitir. En este caso, el oyente debe entender que el hablante ha creado un paralelismo entre él y la gata, para, de este modo, superar el absurdo inicial y conseguir que la comunicación sea mínimamente eficiente.

Los argumentos que utiliza el oyente para crear ese vínculo y superar la falsedad de la metáfora están directamente relacionados con el criterio de Relevancia, tal como indican Wilson y Sperber. El oyente escogerá, de entre las posibles implicaturas que se derivan del enunciado emitido, aquella que considere más relevante o pertinente para el contexto de la comunicación y que, de este modo, hará más eficaz el intercambio comunicativo.

Después de ver cómo puede llegar a ser comunicativo un enunciado que, a priori, parecía tan absurdo, nos centraremos ahora en la justificación de alguno de los motivos que pueden conducir al hablante a sustituir una declaración no figurativa por un enunciado figurativo como la metáfora del piropo.

Para ello, debemos recordar que la expresión metafórica permite la identificación de dos realidades mediante el campo asociativo que normalmente atribuimos a cada una de ellas. Por su competencia pragmática, el hablante es consciente de este hecho, del mismo modo que, por su competencia lingüística, conoce los principios que rigen el lenguaje; por tanto, puede recurrir -y, de hecho, recurre- a esta capacidad connotativa de la metáfora cuando debe expresar un concepto o idea para el que no encuentra una denominación concreta y adecuada. En nuestro ejemplo, la calificación que el hablante otorga a su interlocutor no puede resumirse en una sola cualidad, sino que debería elaborarse una larga lista de propiedades distintas que, por su extensión, no podría ser explicitada. Para superar este handicap, nuestro hablante recurre a la metáfora y, con ella, expresa, de la forma más fidedigna posible, la impresión que el oyente causa en él.

Finalmente, y en relación con la clasificación que hemos propuesto, debemos indicar que, por la utilización reiterada de la asociación 'mujer-gatita', la metáfora del ejemplo ha dejado de ser una expresión original e imaginativa, para pasar a convertirse en un cliché. En estos casos, la fuerza expresiva que caracteriza a la metáfora se pierde, porque el oyente reconoce la sentencia como algo conocido y ya no se sorprende ante el cambio de perspectiva gnoseológica que la metáfora implica.

En último término, sólo cabe afirmar que un acercamiento pragmático a la metáfora puede ayudar a explicar el poder de convicción de este tropo, mostrando su lugar preeminente en la organización de nuestro pensamiento. Hemos de ser conscientes que el aceptar una metáfora comporta asumir una visión parcial y subjetiva de la realidad transmitida por el hablante. La metáfora, según se muestra desde el enfoque pragmático, puede ser la llave de la manipulación por el lenguaje.